

DON QUIJOTE Y LA “PROMOCIÓN” DEL SACERDOCIO

No es mi intención trazar aquí una exposición pormenorizada de la llamada *crisis de identidad sacerdotal*, de la que tanto se habló en los años inmediatamente posteriores al Concilio Vaticano II. Aunque ahora tenga aún más actualidad que entonces.

Pero antes de seguir adelante conviene hacer alguna precisión. La crisis de identidad del Sacerdocio, si bien se agudizó a raíz del Concilio Vaticano II, ya había visto antes sus comienzos; y hasta se habían hecho algunos intentos para superarla. Fue después cuando se intensificaron los esfuerzos para enfrentarse al problema, a lo largo de varias décadas; aunque sin resultados satisfactorios. Incluso las cosas fueron a peor, puesto que tales esfuerzos contribuyeron eficazmente a que la crisis se agravara.

Las razones para que ocurriera tal empeoramiento, al menos en mi opinión, tienen una explicación. La cual consiste en que se había emprendido el camino equivocado. Puesto que, en definitiva, *vino a resultar el opuesto al que hubiera sido necesario recorrer*.

Ni más ni menos que lo mismo que sucedió con el problema de Don Quijote. Porque, si bien todo el mundo pudo estar de acuerdo en la necesidad de enderezar los entuertos, se cometió la equivocación de intentarlo mediante el procedimiento de resucitar la Orden de la Andante Caballería. O dicho de otra forma, quizá más clara: Aunque las intenciones pudieron ser buenas, los métodos utilizados anduvieron muy lejos de ser los apropiados. De igual manera, la idea

de adaptar el Sacerdocio a las exigencias del mundo moderno, concebida como una necesidad angustiosa y urgente, acabó convirtiéndose en dogma indiscutible para la Teología de los tiempos conciliares y postconciliares. Por más que el episodio no fue sino una racha más de las muchas que soplaron —y siguen soplando— con los vientos reformadores de la época. Como si el Viento del Espíritu, en el *Nuevo Pentecostés* de la Iglesia (según la fraseología del Papa Juan Pablo II) se hubiera convertido, en realidad, en el espíritu del viento.

Puestos a precisar, aún nos queda por hacer alguna declaración que puede parecer sorprendente. Porque el Sacerdocio cristiano en modo alguno necesita ser *promovido*. Desde el momento en que ya fue suficientemente instituido por Jesucristo, como participación en el suyo propio y con sus mismas características (Jn 17:18; 20:21). *Constituido*, por lo tanto, en favor de los hombres, de un vez por todas y para siempre según el orden de Melquisedec (Heb 5:1 y ss.). De ahí que hablar de la necesidad de un posible y futuro Concilio, con el fin de abordar el problema, tal como se venía haciendo en los primeros años postconciliares (hoy apenas si ya nadie alude al tema) no tendría sentido alguno. La supuesta *promoción* del Sacerdocio, si es que las palabras tienen algún significado, supondría la necesidad de elevar su *status* para acabar desembocando en extrañas conclusiones. Habría que admitir necesariamente, por ejemplo, alguna de estas pintorescas posibilidades: O bien el Sacerdocio no había sido puesto ya en su debido lugar por Jesucristo; o bien la Iglesia podría descubrir todavía en él alguna nueva identidad o característica —la cual hubiera pasado desapercibida durante más de veinte siglos—; o bien —lo que todavía es más absurdo— la misma Iglesia podría *elevarlo* a una dignidad o posición superiores a las que ya le habían sido otorgadas.

Más todavía: Porque si el Sacerdocio cristiano, dada su situación actual de crisis, debiera ser promovido, tal cosa no puede intentarse sino en sentido contrario a lo que ordinariamente se piensa y se viene haciendo; como hemos apuntado más arriba. Dicho de otra manera, dignificar la condición sacerdotal *no significa mejorarlo en cuanto a una elevación de rango, de dignidad o de consideraciones según el mundo* (Jn 5: 41-44; 7:18; 8:50); *sino en aceptar el camino que conduce a la humildad, al sufrimiento, a la persecución y al desprecio por parte del mundo*. Lo que no podría ser de otra manera, si es que se admite que el Sacerdote es *otro Cristo*, sin otra función que la de ser continuador de la misión y de la obra de su Maestro (Mt 20:28; Mc 10:45; Lc 22: 26-27; Flp 2: 7-8). De donde se desprende que la forma más efectiva de promover el Sacerdocio —y en realidad la única— no es otra que la de situarlo en su condición propia de permanente *kenosis*.

Fueron demasiados los teólogos postconciliares que admitieron, como cosa indiscutible, la crisis de identidad en el Sacerdocio. Se difundió por todas partes la idea de la necesidad de que el Sacerdote no se mostrara distinto del resto de los hombres (indumentaria, estado social, el celibato como condición opcional, etc.). Por lo demás, tampoco era cuestión de negar la existencia de la crisis; aunque sí que se podría haber hablado mucho acerca de sus causas. Por mi parte siempre estuve convencido de que fue provocada artificialmente, valiéndose de la ayuda del ambiente secularizador que se cernía sobre el ámbito eclesial. Como igualmente siempre fui partidario de la creencia, según la cual, el empeño en suprimir todo indicio de diferenciación del Sacerdote, con respecto al mundo circundante, es una idea contraria a la doctrina neotestamentaria.

Por lo que hace a la artificiosidad de la crisis —con la consiguiente falsedad del fondo del problema—, basta con referirse a lo que hemos

dicho antes acerca de la identificación del Sacerdote con Jesucristo, como continuador que es de su misión. Si se admite que la crisis de identidad afecta a uno de los términos, se sigue, como consecuencia, la necesidad de reconocer que también afecta al otro. Lo cual podría concluir, a fin de cuentas, en la ignorancia acerca de los motivos de la Encarnación, así como de la misión del Verbo hecho Carne venido al mundo. La condición de *corredentor* no puede ser considerada ajena al oficio del Sacerdote, como continuador y *consumador* que es de la misión de Jesucristo (por más que a la Virgen María le corresponda también el título y con mayor propiedad). La verdad es que, sin corredención, no hay participación en el Sacerdocio de Jesucristo (Heb 9:22); si es que se admite que la Redención constituye el motivo principal de la Encarnación y de la unción de Jesucristo como Sumo y Único Sacerdote. De ahí el importante texto de Col 1:24, al cual se podrían sumar 2 Cor 1: 5.7; Flp 3:10; 1 Pe 4:13; etc.

Debemos añadir, con respecto al alejamiento (extrañamiento) del Sacerdote en relación al mundo, que los textos de la Escritura sobre el tema son demasiado claros. Y que la Tradición es igualmente tan contundente como carente de vacilaciones.

En el texto de Heb 5:1 es preciso tomar las expresiones *ex hominibus assumptus* y *pro hominibus constituitur* con la misma propiedad. Lo que quiere decir en el más profundo significado de cada una de ellas. En realidad no existe razón para no hacerlo así, puesto que ambas locuciones son paralelas e interdependientes.

Si se admite que el Sacerdote ha sido *entresacado* de entre los hombres, forzoso es entonces reconocer alguna diferenciación con respecto a ellos. Y de nuevo nos encontramos aquí con otra de las numerosas antítesis de la existencia cristiana; la cual nos conduce en este caso a un (doble) fenómeno que podríamos considerar como centrífugo y centrípeta a la vez. El primero de ellos, que estaría

determinado por un movimiento *hacia afuera*, y que aquí está expresado por lo de *ex hominibus assumptus*, es el que confirma la idea de que el Sacerdote ha sido separado de los hombres *precisamente* para hacerlo diferente de ellos (mediante la atribución u otorgamiento de algo que los otros no poseen); aunque sin dejar de ser, al mismo tiempo, uno de ellos. La causa eficiente de este desplazamiento o separación procede de lo Alto (Heb 5:4), y es justamente la que hace posible esta situación a la vez que la legitima. A su vez, este fenómeno de alejamiento no tendría sentido sin el movimiento *hacia adentro* simultáneo, expresado en el *pro hominibus constituitur*. Lo que equivale a decir que el Sacerdote es un ser separado de los hombres, aunque para ser enviado de nuevo a ellos. Tal separación, sin embargo, la cual supone necesariamente la atribución al elegido de un inconfundible carácter de distinción con respecto a sus hermanos, no solamente no lo convierte en un extraño para con ellos, sino que —muy al contrario— es justamente lo que lo constituye como más íntimo y cercano a sus semejantes. Con todo, el movimiento primero de separación es necesario, a fin de constituir al Sacerdote como hombre de Dios y testigo de Jesucristo; pues de otro modo *nada* tendría que dar ni que comunicar a sus hermanos. Es importante insistir en el hecho de que el alejamiento o separación con respecto a los demás hombres, no solamente no difumina la condición humana del Sacerdote, sino que la eleva y la subraya. A semejanza de lo que ocurre con la Divinidad de Cristo, la cual, por virtud de la Unión Hipostática, en nada disminuye la plenitud y el realismo de su Humanidad (verdadero *Dios* y verdadero *Hombre*). Y tal vez convenga anotar de paso que la antítesis separación–regreso es arquetípica en la existencia cristiana (Jn 14: 3:28; 16:28).

Que la expresión *ex hominibus assumptus* supone una auténtica *separación* con respecto al mundo, no admite duda alguna: *Si el*

*mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia...*¹ *Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, lo mismo que yo no soy del mundo.*² Por eso no tiene sentido para el Sacerdote, como discípulo más allegado a Cristo (y cuyo papel es el de ser *otro Cristo*), empeñarse en aparecer como identificado con el mundo. Se suele hablar aquí de *encarnacionismo* como el medio de ser aceptado por el mundo, a fin de facilitar el mejor cumplimiento de la misión encomendada. Sin embargo, no es lícito olvidar que la Encarnación no supone la identificación con el mundo: *Lo mismo que yo no soy del mundo... Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron.*

También en la Encarnación se manifiesta la antítesis, tan específicamente cristiana, de *extrañamiento-acercamiento*, sin la cual este Misterio carecería de contenido y de inteligibilidad (lo mismo habría que decir de la misión del Sacerdote). De ahí que la *separación* y diferenciación, con respecto al mundo, sea algo esencial al Sacerdocio cristiano. Aunque evitando el peligro de confundirla con una mera *distinción*; la cual apuntaría más bien a una diferencia de grado pero que nunca sería cualitativa. Cuando esto no se ha tenido en cuenta, sino que más bien se ha procurado la identificación con el mundo, entonces —y sólo entonces— es cuando se ha dado lugar a la crisis de identidad. Si el Sacerdote no se diferencia de los demás hombres, ¿qué es entonces y qué es lo que tiene que decirles? Con lo que se viene a parar a la tragedia del Protestantismo: un hombre de la comunidad, entresacado de ella y nombrado por ella, *es incapaz de proporcionarle nada que ésta ya no tenga o que no sepa*. De la

¹ Jn 15: 18–19.

² Jn 17:14.

propia comunidad nada puede salir que sea ajeno a ella, puesto que de la carencia no se puede extraer ni siquiera otra nueva carencia. La comunidad como tal es *incapaz* de proporcionar a alguien los medios sobrenaturales que conduzcan al Cielo; por la sencilla razón de que no los posee. La ignorancia, la duda o la vacilación acerca de la propia identidad, es la tragedia en la que se ha visto inmerso el Sacerdote cuando ha pretendido no sentirse distinto del mundo. Si una gota de agua, en medio del océano, no pretende ser sino parte de la misma agua —y además, de hecho, se convierte en ella—, ¿cómo podría alguien plantear siquiera la pregunta de si es o no es algo distinto del agua? Pero el Sacerdote, por más que siga estando en medio de los hombres (Jn 17: 11.15), ha sido al mismo tiempo entresacado de entre los hombres. Es cierto que el Verbo vino a los que eran suyos; *pero los suyos no le recibieron*,³ como ya hemos dicho más arriba. Lo que no pudieron comprender los hombres al llevar a cabo ese rechazo es que estaban dando lugar a la realización del plan de Dios. La paradoja o antítesis (revelación–ocultamiento, sabiduría–locura, infinitud–pequeñez) se estaba haciendo realidad.

Aunque es probable que escapara al pensamiento del mismo Cervantes, es indudable que la locura de Don Quijote (que era auténtica) es la demostración de la locura del mundo circundante (que era más auténtica todavía). Al menos Don Quijote estaba empeñado en enderezar entuertos, mientras que los hombres de su tiempo —lo mismo que los de ahora— vivían contentos con y en medio de ellos, sin demostrar intención alguna de enderezarlos.

El olvido de lo fundamental es lo que hace caer a los cristianos en un grave error, cual es el de no tener en cuenta que la existencia cristiana es una tremenda paradoja. La Encarnación, o el mayor

³Jn 1:11.

proyecto de la Omnipotencia y de la Sabiduría de Dios jamás llevado a cabo, es al mismo tiempo el mayor prodigio de anonadamiento y abajamiento al que ha podido conducir el Amor. El misterio como tal, que en ese doble aspecto hubiera sido impensable para el hombre, es en todo caso una manifestación de la infinita magnificencia de la Gloria divina. Con respecto al Sacerdote concretamente, para el que no cabe otra posibilidad que la de seguir los pasos del Arquetipo, su *promoción* no puede llevarse a cabo sino por la vía del abajamiento. En el actual estado de la Economía de la Salvación, lo más grande no puede manifestarse sino a través de lo más pequeño, así como la máxima cordura no se hace patente en ese Plan sino por medio de la máxima locura (textos abundantes en San Pablo y en todo el Nuevo Testamento). Pero si el Sacerdote ha de ser un testimonio ante los hombres, necesariamente ha de aparecer como distinto de ellos. Con todo, la diferencia no puede patentizarse aquí *subiendo de nivel*, sino justamente al contrario. Si su testimonio se refiere y verdaderamente apunta hacia Cristo, no tiene otro camino que el que ya está trazado y señalado; cual es el que siguió su Maestro, desde el *anonadamiento* de la Encarnación hasta la muerte de Cruz: *Y adonde yo voy ya sabéis el camino.*⁴

El Sacerdocio es seguramente la Institución que más ha sufrido los estragos del vendaval que ha azotado la Iglesia —y que todavía sigue golpeándola— con ocasión del Concilio Vaticano II y los tiempos que le siguieron. Aunque, en realidad, la *crisis de identidad*, como ya hemos dicho antes, es un mero producto artificial de laboratorio; puesto que la doctrina ha sido siempre bien clara para la Iglesia, sin que en ningún momento, durante el largo período de veinte siglos, se haya dado lugar a la menor vacilación o duda. Por otra parte, también es necesario reconocer que el Magisterio reciente no ha llevado a cabo demasiados esfuerzos por esclarecer el tema.

⁴Jn 14:4.

A este respecto, para quien pretenda esclarecer conceptos, el texto de Heb 5:1 es fundamental. En él se habla de que el Sacerdote ha sido *entresacado de entre los hombres*; aunque también se dice, al mismo tiempo, que ha sido *constituido para ellos*. Al menos aparentemente, por lo tanto, una paradoja.

En realidad, la oposición entre los dos términos —estar en el mundo y no pertenecer al mundo— propia, por otra parte, de la existencia de cualquier cristiano, alcanza sin embargo particular relieve en el Sacerdote; según se desprende del texto de Heb 5:1, en el que se encuentran incluidos los dos momentos. Como es evidente, el Sacerdote no puede ser un testimonio vivo de Jesucristo si no *está* en el mundo; aunque, del mismo modo, es igualmente claro que no se encuentra en condiciones de proporcionarlo si no ha sido *apartado* de él.

El problema se agrava cuando se confunde la necesidad de *estar* en el mundo con la (pretendida) de *pertenecer* al mundo: *No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno.*⁵ Por supuesto que el Sacerdote ha de estar en el mundo; pues de otro modo no podría acercarse a sus hermanos, compartir su existencia o hacerse todo para todos (1 Cor 9:22). Pero, al mismo tiempo, es necesario que sus hermanos lo vean como distinto de ellos; lo cual, en último término, es debido a la necesidad que tiene de dar testimonio de Aquél que, habiéndose hecho uno de nosotros (Jn 1: 11.14; Flp 2:7), permanece siendo sin embargo el *Absolutamente Otro*. Pues no debe olvidarse que la Encarnación es la suprema manifestación (revelación) de Dios, a la vez que es también una tremenda *kenosis* (ocultación) de la Divinidad. De ahí que deba quedar bien claro, con respecto al Sacerdote, que no basta con que aparezca como distinto del mundo, sino que debe mostrarse también como que no pertenece

⁵Jn 17:15.

a él. Es precisamente San Pedro quien, en su exhortación a todos los cristianos, habla de la necesidad de que aparezcan ante los hombres como *forasteros y peregrinos* en el mundo (1 Pe 2:11; cf Heb 11: 9.13). Lo cual, obviamente, atañe de modo especial al Sacerdote.

Todo lo cual conduce a su vez a una nueva manifestación de la tensión-oposición de la que venimos hablando.

Por un lado ha de *estar en el mundo*, como testigo viviente de su Maestro. Lo cual ha de quedar bien claro... , y principalmente para él. Una verdad fundamental que sin embargo, inexplicablemente, suele pasar desapercibida. El hecho obvio de *estar en el mundo* nunca llega a hacerse efectivo o consciente, pese a todo, para muchos sacerdotes. Con lo cual nos referimos a una expresión corriente del lenguaje de la que no se puede afirmar, sin embargo, que se haga realidad para todo el mundo: la necesidad de tener los pies en la tierra. Pues son demasiados los sacerdotes que, además de no conocer el entorno en el que viven, tampoco se enteran del problema que padecen; y de ahí la futilidad de su predicación. Efectivamente es imposible ser consciente de la realidad circundante si no se está igualmente abierto al otro elemento que provoca la tensión. Con lo cual queremos decir que es necesario estar atento al mundo en el que se vive, aunque sin dejar de adoptar una actitud receptiva con respecto al Mundo de arriba (alguien diría, de forma más rotunda: sin poseer vida interior).

Pero, por otro lado, el Sacerdote se ve forzado a vivir en una constante *ausencia* de su Maestro, como podría llamarse a la experiencia de la Fe. Lo que le obliga a vivir en un continuado esfuerzo de tensión: *Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo.*⁶ Esfuerzo que en estos momentos es mucho más punzante y doloroso, puesto que el Ministro de Jesucristo ha de vivir en medio de una

⁶Jn 17:11.

sociedad postcristiana (incluidas inmensas masas de católicos) que ha renegado de la Fe. A pesar de lo cual —o precisamente por lo cual— la efervescencia de su Fe ha de quedar bien patente ante los hombres, abarcando hasta un límite que no excluye el derramamiento de la propia sangre (Heb 12:4); y en tal grado de intensidad que se asemeje a la *locura* de la fe de Abrahán, bien que superándola (Ro 4: 19–20); puesto que el tipo o la figura no puede ser mayor que la realidad significada.

Todo lo cual será imposible *si aparece como uno más en medio del mundo y como perteneciendo a él*. El Maestro ya tuvo cuidado de advertir que *la luz no se enciende para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, para que alumbré a todos los de la casa*.⁷ San Pablo, que ya había hablado de esperar contra toda esperanza (Ro 4:18), podía haberse referido igualmente, con respecto a la Fe, como a la fuerza que induce a creer en todo lo *invisible* a pesar incluso de lo *visible* (en el sentido de Heb 11:1). Ha de tenerse en cuenta que la Fe, como dice el texto, es *la prueba de las cosas que no se ven*. Lo que vendría a equivaler al hecho de ser también una prueba *a pesar de las cosas que se ven*; como ocurre, por ejemplo, con el Misterio de la Iglesia (que no todo en Ella es santo). De manera que la Fe puede llegar a ser la antievidencia de la evidencia (o la evidencia de la antievidencia): o la prueba de que la sabiduría de Dios llega mucho más allá de la de los hombres; así como también es la demostración de que la locura de Dios es más sabia que la cordura humana.

En un mundo postcristiano como es el nuestro, la postura del Sacerdote no puede ser otra que la de aceptar el punto de vista de Dios, tan contrario con frecuencia al del mundo. Y ello, *a pesar de todo lo que pueda parecer evidente*. Para San Juan es justamente la Fe lo que vence al mundo (1 Jn 5: 4–5). Lo cual, especialmente para

⁷Mt 5:15.

el Sacerdote y dada la situación del mundo de hoy, no puede hacerse realidad sin la inmolación de la propia vida; bien que haya de entenderse en sentido metafórico o incluso real. Aunque, especialmente para el Sacerdote, la donación de la propia vida nada tiene que ver con la metáfora; al menos en el sentido de que su personal inmolación, de una manera o de otra, va a suponer siempre un sufrimiento que habrá de consumarse al fin con la muerte. Pues el Ministro de Jesucristo no puede adoptar otra postura ante el mundo que no sea la de aparecer ante él como crucificado (Ga 6:14); lo cual se convierte cuando menos en problemático si se interpreta en un sentido más próximo a lo figurado que a lo real. El texto de Ga 6:17 —*stigmata Iesu in super corpore meo porto*—, que siempre ha parecido oscuro a los comentaristas, no puede significar, en último término, sino que las señales del sufrimiento de Cristo —testimonio el más convincente de todos— han de ser patentes en el apóstol. Lo cual significa que *su testimonio acerca de Cristo es un verdadero testimonio*. La necesidad de compartir la muerte de Jesucristo, inducida como un sello desde el momento del bautismo, es un destino que ha de realizarse durante la vida de cualquier cristiano; aunque no se vea consumado hasta el instante de la muerte física. En el Sacerdote, en cambio, *debe ser una realidad* desde su consagración por el sacramento del Orden. Puesto que el testimonio que ha de aportar, sobre la muerte de su Maestro, no está destinado a manifestarse paulatinamente, en un itinerario de constante progresión, sino que ha de ser una evidencia que ya ha de mostrarse como tal; o dicho de otro modo, *aquí precisamente y desde ahora*.

Sea cual fuere el sentido que haya de atribuirse a Ga 6:17, lo que se desprende del texto con claridad es que el testimonio vivo de Jesucristo, aportado por el Sacerdote, ha de ser tan contundente y claro como el referido por el Apóstol. La expresión textual *in super corpore meo*, añadida a la de los *stigmata* (signifiquen lo que signi-

fiquen aquí los estigmas), apuntan a una percepción que tiende a adquirir el grado de evidencia. Por lo demás, dado que del contexto se desprende que San Pablo se refiere ahora a sí mismo como apóstol, y no como a simple cristiano, forzoso es admitir la conclusión de que el aspecto aportado por el Ministro de Jesucristo ha de ser peculiar, o tan singular al menos si se quiere, como para *mostrarse* distinto de los demás. De donde la pretensión de aparecer ante el mundo habiendo eliminado cualquier diferencia con respecto a los otros hombres, es contraria a la doctrina neotestamentaria y a la correcta Teología del Sacerdocio.

Ya se puede suponer que lo dicho hasta aquí no se refiere principalmente al aspecto meramente externo del Sacerdote; o más concretamente a su modo de vestir. Pretender tal cosa equivaldría a minimizar o a interpretar mal el sentido de lo establecido hasta aquí. Lo que ha ocurrido en este punto, en realidad, es un desplazamiento de conceptos que ha dado lugar a un problema de singular importancia y de bastante gravedad, a saber: se ha abandonado el fondo de la cuestión por su aspecto superficial, ni más ni menos que con el fin de sustituir la forma de contenido sobrenatural por otra puramente naturalista. Aunque dada la importancia del tema, será necesario dedicarle algunas líneas que, aunque breves, contengan sin embargo una consideración un tanto más detenida.

A poca gente se le habrá ocurrido pensar en la relación que es posible encontrar —sin duda alguna, bastante extraña— entre la figura del Sacerdote y el Teatro.

Sin embargo he ahí una realidad: El Sacerdote es el actor más importante y más conocido del mundo, y aun de todo el Universo. E incluso, como consecuencia de lo cual, el más aplaudido. . . y también el más vituperado —esto último con mucha mayor frecuencia— en el gran escenario del Planeta. Lo cual nada tiene de extraño, desde el

momento en que su *papel* es el más importante y delicado —además de ser también el más decisivo y determinante—, con respecto al destino de los hombres, que jamás se haya dado en el Teatro. En este caso, en el Gran Teatro del Mundo.

A modo de explicación de lo dicho, resta añadir que, según San Pablo, *Dios, a nosotros los apóstoles, nos ha puesto los últimos, como condenados a muerte; pues nos hemos convertido en espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres.*⁸ Y en verdad que jamás actor alguno, de cuantos han existido en la Historia de la Humanidad, hubiera podido soñar en ser contemplado por tan numeroso y heterogéneo público.

De manera que el Sacerdote es actor principal de un espectáculo que, más allá del drama, ha llegado a convertirse en tragedia: *novissimos ostendit tamquam morti destinatos*. En el Auto Sacramental *El Gran Teatro del Mundo*, Calderón asigna exclusivamente a Dios el oficio de espectador, mientras que la advertencia solemne *¡Obrad bien, que Dios es Dios!* se va repitiendo con regularidad a lo largo de toda la Obra; quedando en ella reservada para los humanos la condición de actores, cada uno en su propio papel. Pero aquí, sin embargo, se le asigna al Sacerdote la condición de actor principal. . . , e incluso único. Lo que indudablemente provoca en él una situación de tensión, a semejanza de un actor que se encontrara solo en escena, enfrentado a la responsabilidad de su actuación y a la contemplación de un público expectante. La situación para el Sacerdote es todavía más trágica, si cabe, desde el momento en que no ha sido elegida por él; pues Dios no consulta previamente a los interesados para llevar a cabo su *libre* elección (Mt 3: 13–14; Jn 15:16; Heb 5:4). Los espectadores son aquí el conjunto de los demás hombres, buenos y malos (el mundo y los hombres, según el texto los diferencia literalmente),

⁸1 Cor 4:9.

a los que hay que añadir todos los seres que componen la esfera de lo sobrenatural (los ángeles).

Jamás y en ninguna otra parte se ha dado un espectáculo semejante. Ni tan concurrido, por supuesto —el Cielo y la tierra en común contemplación—, ni que haya despertado tampoco una expectación parecida. Los griegos distinguían entre el Pueblo —representado por el Coro— y los héroes de la Tragedia; aunque integrando también a aquél en la acción (según la misma tendencia que después seguiría Calderón). Por lo que puede decirse que aquí se encuentra algo importante que se desprende de los textos escriturísticos contenidos en la *Primera Carta a los Corintios* y en la *Carta a los Hebreos*. Cual es el hecho de que distinguen al apóstol como actor único, en clara separación de los demás seres racionales —hombres y ángeles—, a los cuales se limitan a asignar la condición de meros espectadores.

En estas condiciones resulta difícil pretender que el Sacerdote no deba diferenciarse de los demás hombres. En el Drama a representarse en el Gran Teatro del Mundo (que aquí abarca incluso al Cielo como espectador), tal como sucede también en el Teatro humano, los actores no son nunca los espectadores. En cuanto al llamado *Teatro interactivo* es, en realidad, un producto híbrido que nunca ha prosperado. De hecho se ha puesto efectivamente en práctica; como igualmente se ha pretendido también hacer que el sacerdote realice funciones de seglar y el seglar oficios de Sacerdote. Pero los decepcionantes resultados han sido siempre los mismos en uno y otro caso, además de que es imposible evitar la sensación de estar en presencia de un producto desnaturalizado.

Por otra parte, aquí no es cuestión de decidir lo que debe ser y lo que no debe ser. En cuanto que el contenido y significación del sacramento del Orden han sido determinados entera y exclusivamente por Jesucristo. El Sacerdote es lo que es, sin que pueda configurarse a sí mismo de modo diferente y según parámetros puramente huma-

nos. El hombre nunca hubiera sido capaz de diseñar por su cuenta lo que pertenece al orden estrictamente sobrenatural, como es el Sacerdocio cristiano. Ni siquiera habría podido imaginar que la función del Ministerio —el papel a desempeñar de *alter Christus*— tendría que llevarse a cabo sobre la base bipolar de una contraposición-cooperación de voluntades: la elección por parte de Dios, y la libre respuesta de una voluntad humana aceptando un destino que se sabe que es trágico: *Dios, a nosotros los apóstoles, nos ha puesto los últimos, como condenados a muerte...*

Si el papel a representar por el Ministro de Jesucristo, conforme a la intención de quien lo ha elegido, se desarrolla según un drama trágico con un final consecuente y esperado a la vez, especular acerca de la *promoción* del Sacerdocio no tiene sentido. Al menos en cuanto al significado en el que ordinariamente se utiliza la palabra *promoción*. De ahí que pueda asegurarse que la Iglesia no va a hacer nada por su parte para fomentar tal *promoción*; ni en un próximo Concilio ni en ningún otro que pueda celebrarse. Ni puede esperarse que muestre preocupación por elevar la condición de lo que, por otra parte, ya ha sido puesto en su sitio por el mismo Dios. El drama-tragedia, con el desenlace proporcionado a la grandiosidad y a la lógica de la obra, han sido escritos definitivamente por el Autor divino. Y el actor, también en este caso y tal como siempre sucede, no puede aspirar a otra cosa que no sea la de representar bien su papel. Por lo demás, la crisis actual del Sacerdocio en la Iglesia ha servido para poner de manifiesto, de manera patente, que el Sacerdote postconciliar se halla ante la posibilidad de alcanzar el punto más elevado de su destino: el momento culminante en el que, habiendo alcanzado el drama su apogeo, se ve obligado a hacer brillar al máximo sus condiciones de actor ante un público expectante que contempla con emoción, observa con curiosidad

y espera con ansiedad un resultado exitoso. Además no tiene sentido intentar *levantar* lo que, en realidad, está destinado a *descender* hasta su destino final de inmolación y de muerte. San Pablo lo explica claramente a los fieles de Corinto: *Nosotros somos hechos necios por Cristo; vosotros, prudentes en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros honrados, nosotros despreciados. Hasta el momento pasamos hambre, sed, desnudez, somos abofeteados, andamos errantes y nos esforzamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen y bendecimos, nos persiguen y lo soportamos, nos ultrajan y respondemos con bondad. Hemos venido a ser hasta ahora como la basura del mundo y el desecho de todos.*⁹ Tal como sucedió con la Cruz de Cristo, quienes trabajan por la destrucción del Sacerdocio están colaborando, sin pretenderlo, a convertir en realidad los planes salvíficos de Dios; el cual ha querido asociar a algunos hombres a su propia Pasión, aunque de manera particularmente íntima. Se trata para ellos del cumplimiento de un destino corredentor, que escapa a la comprensión humana, y que cuenta en este caso con el papel y la misión del Sacerdote como *alter Christus*. Ante el momento más difícil de los que ha sufrido la Iglesia a lo largo de su historia, ha llegado la hora en la que el grano de trigo caiga en la tierra y muera; tal como nunca hasta ahora había tenido necesidad de hacerlo ni tan oportuna ocasión para llevarlo a cabo.

La Teología *progresista* y la *Teología de la Liberación*, al privar al Sacerdote de su condición de actor único del Alto espectáculo, con la intención de dejarlo reducido a la de espectador, como uno más entre tantos, destruyen su posibilidad de dar testimonio al mismo tiempo que pretenden acabar con el espectáculo. Ya no hay nadie a quien dirigirse y conmover mediante la representación, por parte del actor; ni nadie a quien contemplar y juzgar, por parte de los espec-

⁹1 Cor 4:10 y ss.

tadores. Al convertir al Sacerdote en *líder y guerrillero*, pretendido defensor de unas libertades puramente políticas y de una utópica justicia social, han acabado con el fundamental papel de inmolación y victimación que Dios había escrito para él. Y sin el cual, además, tampoco existe posibilidad alguna de salvación para el mundo; puesto que *sine sanguinis effusione non fit remissio*.¹⁰ El Sacerdote ha dejado de ser entonces el hombre que comparte la Pasión de Cristo dando de ello testimonio ante sus hermanos, como un grano de trigo que muere para dar fruto, para convertirse simplemente en uno más entre los hombres, feroz vengador de las injusticias sociales y preocupado exclusivamente por las cosas que atañen a este mundo.

Ahora el *stage* ha quedado vacío y ya no es posible representar el Gran Teatro del Mundo. Dios se ha visto privado del grandioso espectáculo que había organizado y cuyo guión Él mismo había escrito. Ya no tiene nada ni nadie a quien mirar, capaz de provocar su misericordia y de aplacar su ira ante la conducta de los hombres. De donde es de temer que, llevado del ejemplo de lo que ahora contempla, Él también se decida a convertirse —pero en este caso con toda verdad— en Vengador y Justiciero.

¹⁰Heb 9:22.